

FRANCIS DRAKE.



La reina Elisabeth armando caballero al célebre navegante Francis Drake.—Dibujo de Gilbert.

Francis Drake, uno de los mas atrevidos navegantes del siglo XVI, nació en 1525 en Tavistock, en el Devonshire. Su familia era pobre. Desde la edad de 10 años, principió el duro aprendizaje marino en un buque mercante que costeara ordinariamente la Inglaterra, sin aventurarse fuera de los puertos de Francia. Laborioso, enérgico y sensato, prestaba servicios muy superiores á los que se podían esperar de un jóven de la edad en que él se hallaba. Su capitán le cobró un grande afecto, y cuando murió le dejó su barco. Su segundo protector fué uno de sus parientes lejanos, ya célebre en

Inglaterra por sus triunfos en el tráfico de negros, que en aquel tiempo, léjos de ser objeto de la reprobación pública, estaba protegido y fomentado por el mismo gobierno. Este marino no era otro que John Hawkins, que llegó después al grado de contra-almirante, y se distinguió en la famosa lucha contra la *Armada*. Aconsejado de él, Drake vendió su barco, y cediendo al entusiasmo que arrastraba entonces hácia el Nuevo Mundo medio descubierto, á todos los ánimos ardientes y aventureros, intentó, asociado con Hawkins, diversas expediciones lejanas, que al principio no produjeron

los mejores resultados. Existía entre España é Inglaterra una rivalidad violenta y apasionada: Drake en sus escursiones despojaba sin escrúpulo ninguno los buques españoles cargados de oro y plata, y aun saqueaba cuando podía los puertos de las Indias Occidentales. En 1572, tomó por asalto dos ciudades situadas en la costa oriental de Panamá, y con el botín que se llevó equipó tres fragatas, que sirvieron de mucho á la Inglaterra en las guerras de Irlanda. En 1573, el 13 de noviembre, salió de Plymouth á la cabeza de cinco buques menores armados á costa del Estado, y el 23 de agosto del año siguiente entró en el estrecho de Magellan, asegurándose que él fué el primero que descubrió el Cabo de Hornos. Triunfó de peligros y fatigas extraordinarias, pero perdió las cuatro embarcaciones que le habían acompañado; la que mandaba él, que se salvó milagrosamente, se llamaba el *Pelicano*; pero Drake la quitó este nombre, y la dió el de *Golden-Hind*. Despues de haber recorrido las costas de Chile y del Perú, saqueando y devastando sin cesar, se dirigió hácia el Norte con la ambición de hallar ese famoso paso que aun en el día se busca, y á cuyo beneficio se podría atravesar del Océano Atlántico al Grande Océano, encima de la América Septentrional, y á través del Océano Glacial. Se cree que penetró hasta el 48° paralelo boreal. Arrojado de allí por los rigores del frío, volvió á bajar y exploró las costas de la California, que llamó Nueva-Albion: luego pasó á las Filipinas, y por último, continuando sus viajes, se dirigió hácia Java, y volvió por el Cabo de Buena Esperanza. El 26 de setiembre de 1580 llegó á Plymouth, y subió enseguida hasta Deptford. Al instante se esparció la noticia de su llegada; las riquezas que traía, la narracion de sus aventuras, de sus luchas armadas contra los españoles, y de sus descubrimientos escitaron el entusiasmo público. Es verdad que muchos de sus enemigos murmuraban, achacándole actos de hostilidad que no estando justificados por un estado de guerra, debían contarse como hazañas de pirata; pero el odio contra los españoles y el amor propio nacional se hallaban muy satisfechos en aquella memorable expedición de Drake para atender á tales voces, y hasta la misma reina quiso sofocarlas manifestando ostensiblemente su aprobación á la conducta del navegante Drake: el 4 de abril de 1581, bajó el Támesis hasta Deptford, subió al *Golden-Hind* ricamente empavesado, cubierto de tapicerías asombrosas, y en medio de las músicas y las aclamaciones concedió solemnemente á Drake el título de caballero, queriendo además que el *Golden-Hind*, « que había trazado un surco tan glorioso alrededor del mundo » se conservase como un monumento nacional. El buque fué en efecto, durante largo tiempo, el objeto de una especie de culto público en el arsenal de Deptford, y cuando se cayó de viejo, hicieron con sus restos un sillón que puede verse todavía en la Universidad de Oxford.

Pero Drake no había terminado aun su carrera marítima. En 1583 hizo una nueva expedición á las indias Occidentales. En 1588 fué nombrado vice-almirante, y combatió contra los españoles; pero sus últimos años no fueron tan felices como los primeros: fracasó en una tentativa que hizo para restablecer á don Antonio en el trono de Portugal, y en dos ataques que tuvo con los españoles en Canarias y en Puerto Rico. Su muerte, que se verificó el 9 de enero de 1597, se atribuye á la pena que le causó otro revés que espermentó en un combate con una flotilla que salió á perseguirle de Panamá.

DE LA FORMA QUE TENIAN LOS LIBROS Y LAS CARTAS EN LA ANTIGÜEDAD.

La forma que tenían los libros entre los antiguos ha dado margen á multitud de controversias entre los eruditos modernos.

Los romanos, daban á los manuscritos enrollados el nombre de volúmenes (*volumina*), del latin *volvere*, porque el manuscrito se enrollaba sobre si mismo. La palabra *explicare*, que se encuentra á cada paso en los autores, significaba desarrollar, leer un manuscrito. Los escribientes, cuando habían terminado la copia de una obra, es decir desarrollado completamente el rollo en que habían escrito, ponían en lugar de la palabra *fin* de que usan los modernos, las palabras *explicitus est liber*, ó *explicitus liber*; fórmula que hubo de abreviarse desde el siglo III, y hasta el descubrimiento de la imprenta, sirvió la palabra *explicit* para significar el fin de un libro latino ó español.

Muchas de las pinturas de Herculano representan personajes con volúmenes en que leen, en las manos. Todos cuantos están cubiertos se desarrollan, escepto uno solo, horizontalmente y de izquierda á derecha, en el sentido de su longitud. La escritura que en ellos se figura se halla en pequeñas columnas perpendiculares. Desarrollándose el papel en la propia direccion de la escritura, es decir, de izquierda á derecha, hubiera sido de una longitud desmesurada una línea escrita desde el uno al otro extremo del rollo. Hubiera sido preciso enrollar y desarrollar el manuscrito tantas veces cuantas hubieran sido las líneas. Además, en el medio de la obra no se podría abarcar á la vez los dos extremos de líneas tan largas, lo cual hubiera ocasionado una constante confusion al lector. La division en columnas remediaba estos inconvenientes. Se los desarrollaba poco á poco con la mano derecha, y á medida que se avanzaba en la lectura, se desarrollaba de nuevo con la izquierda en el mismo sentido, ó en el sentido inverso, la parte ya leída.

En los manuscritos que se desarrollaban perpendicularmente, estaba trazada la escritura en el sentido de la anchura, y no en el de la longitud. Como el papel mas ancho no lo era mas de veinte y cuatro dedos, y el papel del uso comun distaba mucho de tener esta dimension, no había inconvenientes en escribir con columnas, y de uno á otro margen.

Cuando estaba escrito el libro y las diferentes hojas de que constaba colocadas las unas á continuacion de las otras, se fijaba en el extremo de la última una vara, alrededor de la cual se enrollaba el volumen.

Los cortes se denominaban *frontis* (*frontes*), á causa de la colocacion de los rollos en las bibliotecas; se los recortaba, y despues se les acababa de quitar con piedra pomez las barbas que les hubieran podido quedar. Muchas veces estaban pintados de color. Las de los *Tristes* de Ovidio lo estaban de negro, y por lo tanto, dice el poeta, eran fáciles de reconocer.

Los títulos, en lo general, se escribían en bandas de pergamino y de papiro, y se colocaban sobre el corte que salía del estuche ó caja.

Los volúmenes tenían las mas variadas dimensiones. En tanto que unos eran apenas del grosor de una vara delgada, se ha hallado uno en Herculano que contiene hasta ciento diez columnas de escritura, y otro cuya longitud excede á mas de veinte y cinco varas. Según un pasaje de Isidoro de Sevilla, se sabe que las poesías y las cartas se pu-

blicaban en volúmenes pequeños, y las obras históricas en gran folio.

En lo general contenían los volúmenes mucha menos materia que nuestros libros ordinarios. En efecto, cada volumen contenía solo un libro de una obra, y nunca una obra entera.

Para preservar los volúmenes de las picaduras de los insectos, se los encerraba en un estuche ó caja de piel ó de pergamino: algunas veces consistía esta cubierta en una hoja de papiro. Los rollos que componían una misma obra estaban reunidos en un haz, que se colocaba después en un estuche de una materia mas ó menos preciosa, y que algunas veces se cerraba con llave.

Las cartas se arrollaban en forma de volumen. El sobrescrito colocado á la cabeza tenía primero el nombre del que escribía en nominativo, y después en dativo el nombre de la persona á quien se dirigía la carta, y que iba algunas veces acompañada de uno ó de dos epítetos.

Sin duda muchas veces, para traer ciertas personas á la memoria de aquel á quien se escribía, se hacían figurar en el sobrescrito los nombres de muchas personas. Cicerón, al escribir á Tison, añadía á su propio nombre en el sobre de sus cartas, ya los nombres de su mujer y de su hija, ya los de su hermano y de su sobrino.

La fecha del día y del lugar iba colocada al final de la carta. Cicerón, cuya correspondencia es tan voluminosa y tan llena de interés, se olvidaba muchas veces de fechar sus cartas.

Entre los griegos se conjetura, según un pasaje de Plutarco, que el sobrescrito exterior llevaba el nombre del que escribía y de aquel á quien se escribía. Entre los latinos, según parece, no tenía el sobre sino un solo nombre.

Al papiro, empleado para las cartas mucho tiempo antes que el pergamino, se le daba, como entre nosotros, el nombre de papel de cartas (*charta epistolaris*), cortándolo también de modo que se adoptara á dimensiones muy pequeñas.

En el cuarto siglo se comenzó ya á hacer uso del pergamino.

Acabada de escribir la carta, se arrollaba y se ataba con una cinta cuyos dos extremos se pegaban al papel con una especie de arcilla llamada *creta*, sobre la cual se imprimía el sello. Pero semejantes precauciones eran muy insuficientes para proteger la correspondencia, y se citan en la antigüedad mas de un ejemplo de la violación del secreto de las cartas, sin saberlo las personas á quienes iban dirigidas.

L. L.

EVASION DE GROCIO EN 1621.

Mauricio de Nassau príncipe de Orange había prestado eminentes servicios á la Holanda. Gracias á sus talentos militares y á su valor, libertó esta república naciente del yugo de los españoles. Así la gratitud pública le había dado el nombre de capitán general. Sin embargo el partido republicano que se desconfiaba de los proyectos del príncipe pedía ciertas concesiones, y las pedía por medio de sus gefes el viejo Barneveldt y el célebre Grocio que había adquirido por su carácter, su elocuencia y su profundo saber una grande autoridad sobre los Estados de Holanda. Oído el parecer de estos dos magistrados, con motivo de la contienda religiosa que se ventilaba entonces, los Estados decretaron el 4 de agosto de 1617, que todos los magistrados

de las ciudades quedaban autorizados para armar gente con el fin de reprimir las sediciones y asegurar la paz pública. Esta creación de milicia urbana irritó á Mauricio de Nassau que consideró el decreto de los Estados, promulgado sin su consentimiento, como una degradación de sus derechos de gobernador y de capitán general. Después de haber tratado vanamente por la persuasión y aun por la fuerza, de disolver la nueva milicia, resolvió poner fin por un golpe de Estado á aquella oposición del poder legislativo. Algunos desórdenes que sobrevinieron en Utrecht le suministraron el pretexto para ello: reunió ocho personas que tomaron el nombre de Estados generales y sin ninguna información previa les hizo dar una orden de arresto contra Barneveldt, Grocio y Hoogerbertz, que en efecto fueron presos como culpables de los desórdenes de Utrecht.

Algunos días después, el príncipe de Orange recorrió las ciudades de la Holanda, y como tenía la fuerza en su favor, no halló ninguna resistencia á sus proyectos. Destituyó á todos los magistrados amigos de los presos, siguió haciendo prisiones é hizo condenar á toda prisa á los acusados.

El 12 de mayo de 1619 fué ajusticiado Barneveldt á la edad de setenta años debajo de los balcones del príncipe de Orange.

El 18, Grocio y Hoogerbertz fueron condenados á encierro perpétuo en el sitio que los jueces designaron.

Grocio fué conducido el 6 de junio de 1619 á la fortaleza de Louvenstein, donde halló dos grandes consuelos que fueron su mujer y el estudio.

Casado en 1608 á la edad de veinticinco años, solo había vivido separado de su mujer el tiempo que duró su arresto; pero después de la sentencia ella le siguió á Louvenstein y pidió permiso para visitarle todos los días. Concediéronla el entrar en la fortaleza, pero á la condición de que no volvería á salir nunca. Ella aceptó la condena y permaneció encerrada con su marido, hasta que algún tiempo después tratándola con menos rigor la permitieron que saliera dos veces por semana.

El cautiverio duraba ya mas de diez y ocho meses, cuando el 11 de enero de 1621 Muys Van Holi, uno de los enemigos declarados de Grocio, y que había sido su juez, advirtió á los Estados generales que sabía que el preso intentaba escaparse. Se envió un agente á Louvenstein para examinar lo que pasaba, pero todas las pesquisas fueron vanas.

Era cierto que la mujer de Grocio, María de Reigesberg, no tenía otra cosa en la mente que la idea de libertar á su marido. Habíanle permitido á Grocio que tomara libros prestados á sus amigos, y después de leídos los devolvía en un cofre donde también iba su ropa blanca que lavaban en Gorcum.

El primer año los carceleros registraron el cofre siempre que salía de Louvenstein, pero acostumbrados á no ver otra cosa que libros y ropa blanca, se cansaron de examinarle, y ni aun siquiera se tomaron el trabajo de abrirle. La mujer de Grocio notó este descuido, y concibió el pensamiento de aprovecharse de él. Confió su designio á su marido, y recordándole que debía pasar toda su vida en aquel encierro, le persuadió que debía intentar recobrar su libertad metiéndose en el cofre. A fin de no esponerle á estar privado de aire practicó unos agujeritos muy estrechos é imperceptibles por fuera en uno de los rincones del cofre, y obtuvo que su marido se encerrase en él muchas veces, permaneciendo allí el mismo tiempo que se necesitaba para ir de Louvenstein á Gorcum, y cuando se aseguró de que su marido se hallaba ya habituado á aquella incómoda postura,

no pensó mas que en aprovechar la primera ocasion que se presentara.

En efecto, no se hizo esperar aquella. El comandante de Louvenstein se ausentó para reclutar soldados en Heusden. La mujer de Grocio fué á hacer una visita á la señora del comandante y en la conversacion le dijo que pensaba sacar de la cárcel un cofre lleno de libros porque su marido estaba muy débil, y se mataba trabajando. Despues de esta advertencia volvió al cuarto de su marido y le encerró en el

cofre, haciendo circular al mismo tiempo la noticia de que no estaba bueno, á fin de que no notaran su ausencia. Dos soldados se llevaron el cofre; y viendo que era mas pesado que otras veces, propusieron que se abriese para ver lo que habia dentro, pero la mujer del comandante se negó á ello, ya porque quisiese hacer la vista gorda, ó por negligencia. En fin el cofre llegó al barco que le esperaba. La criada de Grocio le acompañó hasta Gorcum, donde fué depositado en casa de uno de sus parientes. Cuando la criada se vió sola



Grocio y su mujer en la fortaleza de Louvenstein. —Dibujo copiado de una antigua estampa holandesa dibujada y grabada por S. Fokke.

abrió el cofre; Grocio salió, sin lesion ninguna, se puso un traje de albañil, y se metió en un barco que le llevó á Valvic en Brabante.

Allí alquiló un carruage para Ambéres, adonde llegó sano y salvo el 22 de marzo de 1621.

En Louvenstein se creía que Grocio estaba enfermo, y su mujer para darle tiempo á que se escapara, aseguraba que lo estaba de peligro; pero en cuanto supo que se hallaba libre confesó altamente lo que habia sucedido. El comandante la prendió inmediatamente, pero el príncipe Mauricio informado del acontecimiento la mandó poner en libertad.

Grocio permaneció algun tiempo em Ambéres. El 30 de marzo escribió á los Estados generales, que no habia empleado ni la violencia ni la corrupcion con los que le guardaban; ademas que no habia merecido su condena; que nada de cuanto habia hecho le pesaba; que habia dado los consejos mas propios para apaciguar los desórdenes, y que

en fin la persecucion que sufría no disminuía jamas su amor á su patria.

Esta evasion de Grocio fué un gran asunto para los mas famosos poetas de la época. Barlaeus compuso unos magníficos versos, celebrando sobre todo la conducta de la mujer de Grocio. Aun el mismo Grocio los compuso tambien, sin olvidare del cofre libertador en su poema.

HISTORIA

DEL

ULTIMO CABALLO DEL EMPERADOR NAPOLEON.

(Veanse las pág. 291, 301 y 309.)

V.

—No se pasa.

—Cómo! no se pasa! pero, granadero, yo soy de la casa del emperador, y tengo derecho de entrar.

— Imposible, joven, imposible, el militar no conoce mas que su consigna.

Estas palabras se cruzaban, el 29 de junio de 1815, á las cuatro de la tarde, delante de la gran verja de la Malmaison, entre un centinela y un hombre vestido con librea imperial, que tenia un caballo por la brida.

Este último vivamente contrariado por la negativa del granadero, reflexionó un momento sobre el partido que debia tomar, y despues de un momento de silencio quiso hacer una nueva tentativa; pero el granadero estuvo inflexible.

— Teneis pase? preguntó al pretendiente.

— Lo necesito acaso, siendo picador de las caballerizas de su magestad?

— No digo que no, pero mi consigna es antes que todo.

— Soy Pedro Collot, y traigo á su magestad su mejor caballo de batalla, el que montaba en Waterlloo... un magnífico animal, mirad!

El granadero abria grandes ojos para contemplar mejor el caballo.

— Cómo ¿este caballo es el que estaba con el emperador?

— Y conmigo, amigo mio.

El granadero miraba alternativamente al picador, y al caballo.

— Vos tambien estábais en medio de nuestro cuadro... En efecto, creo haberos visto...

— Y no os engañais.

— Dadme esa mano.

Y el centinela estrechó la del picador.

— Ahora siento mas, dijo, que la severidad de mi consigna no me permita dejaros entrar.... Pero, decidme, parece que no sospechais lo que sucede. ¿No leéis los periódicos?

— No; pero, ¿porqué preguntais eso?

— Ah! traéis al emperador su caballo de batalla... y ya no lo necesita.

— Cómo! no va á empezar de nuevo la lucha?

— Hay allá arriba un tropel de abogados, de charlatanes, de vagos, que no piensan en eso... Prefieren dar apretones de mano á los cosacos.

— Pero, nuestro emperador?

— Nuestro emperador!... lleva trazas de tener que hacer su equipaje.

El veterano exhaló un suspiro, y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas; Pedro Collot quedó agobiado con lo que acababa de oír.

— Nuestro emperador, decia, hacer su equipaje... y no para ir al ejército, para colocarse al frente de sus soldados y dar una una lección á ingleses y prusianos?...

— Los abogados y los charlatanes no lo quieren así; mirad, mirad á través de esa verja, y veréis, allá en el fondo, los carruajes de camino.

En aquel instante se acercaron á la verja los postillones con los caballos de posta destinados á los coches de camino. El centinela llamó al oficial, que estaba de servicio en el palacio y este, despues de haber hablado á uno de los postillones, mandó que se abriera la verja para hacer entrar los caballos. Esta era una ocasion favorable que se presentaba á Pedro Collot para penetrar en el interior del palacio; no tenia mas que seguir el movimiento y colocarse detras del postillon como si perteneciera á la administracion de postas; pero era preciso que el centinela hiciera la vista gorda. La hizo, y el picador se encontró muy pronto en el patio, en que estaban los carruajes.

Hacia ya diez minutos que estaba allí, inmóvil, teniendo siempre á Acacia por la brida y esperando la llegada del emperador, cuya próxima marcha anunciaban todos los preparativos.

Durante este tiempo, los postillones enganchaban los caballos; los empleados de servicio iban y venian en torno de Pedro Collot; pero ninguno le preguntó el motivo de su presencia en la Malmaison.

Eran las cinco. De repente se presentó Napoleon vestido con frac negro y sombrero redondo precediendo algunos pasos á un grupo de oficiales superiores, entre los que se veia al general Becker, que habia sido encargado por la comision de acompañar al ex-emperador hasta Rochefort, al general Gourgaud, y algunos otros ayudantes de campo, ú oficiales de órdenes.

Su fisonomía manifestaba la dolorosa emocion de que era presa; dirigió una mirada llena al mismo tiempo de tristeza y de resignacion sobre los preparativos de su marcha y despues se volvió con viveza como para saludar una vez mas las paredes de aquel palacio, que le habia visto en otro tiempo tan feliz, y que le recordaba los dias mas brillantes de su existencia.

Se habia detenido un momento, y parecia que recogia sus recuerdos; entonces se oyó á lo lejos un cañonazo, cuyo ruido hizo temblar los cristales de Malmaison. Napoleon retrocedió algunos pasos, y cogiendo el brazo del general Becker:

— Oid, general? exclamó; se están batiendo por el lado de Versalles!... Y la comision de gobierno cree aun en la paz!... Ah! pagará... hará pagar cara á la Francia su seguridad y su confianza en la fe de un enemigo desleal!

Se oyó otro cañonazo.

— Dudais ya, general? continuó el emperador, que se animaba cada vez mas. No, no se ha perdido todo! Que me dejen mandar todavia una vez el ejército... que me dejen batir al enemigo, aniquilarle, obligarle por medio de la victoria á dar un curso favorable á las negociaciones! Enseguida, entregaré mi espada... marcharé, dejaré la Francia.

El general Becker se esforzó por calmar la agitacion del emperador.

Esas detonaciones, señor, no anuncian la renovacion de las hostilidades; son algunos cañonazos que cambian de cuando en cuando las avanzadas. Señor, debo recordar á V. M. el compromiso que ha contraido de dejar la Francia despues de su abdicacion.

— Pero eso no puede impedirme derrotar al enemigo, sí, como temo, quiere abrirse á viva fuerza el camino de la capital.

Y al pronunciar estas palabras, prestaba oidos á los ruidos lejanos; se conocia que en el fondo de su alma deseaba lo que parecia temer, y que esperaba un nuevo mentis dado por el cañon enemigo á las seguridades de Becker.

Despues de algunos momentos de silencio, exclamó:

— Vamos, no hay mas que resignarse!

Se dirigió hácia los coches, de los que solo le separaba un pequeño espacio, y vió ir hácia él al picador Pedro Collot, que conducia por la brida un caballo ensillado.

— Que quieres? le preguntó Napoleon con bondad, qué vienes á hacer aquí?

— Señor, traigo Acacia á V. M.

— Acacia!

— Sí señor... el caballo que Vuestra Magestad montaba allá abajo... ya sabeis!

— Sí, ahora me acuerdo... Y qué? has podido vol-

ver... y traer ese caballo!... Has sido bien afortunado!

El emperador miró á Acacia que estaba inmóvil.

— Ya es muy tarde, añadió, ya no necesito caballo... voy á subir á un coche.

— Perdonad, señor; pero yo creía que Vuestra Magestad iba á ponerse á la cabeza de su ejército, y como me habiais recomendado particularmente á Acacia... os le traía.

— Te doy las gracias, amigo mío; pero tenemos que separarnos. Vuelve tu caballo á Paris, y está seguro de que no te olvidaré... Espero poder recompensar algún día tu fidelidad y tu valor. Adios.

Napoleon siguió su camino, y volviéndose al general Becker, le dijo:

— Si vivo aun, lo debo á ese hombre y á ese caballo... estaban conmigo en Waterloo, en el cuadro de mi guardia.

Momentos despues de aquella escena, que afectó vivamente á las personas que fueron testigos de ella, el emperador subía en un coche y seguía el camino de Rochefort, en donde debía embarcarse en una de las dos fragatas francesas que habia pedido.

Pero le esperaba allí la perfidia de Castlereagh y la hospitalidad del *Bellerofonte*!

VI.

En los últimos días de octubre de 1829 se hablaba mucho en el palacio de Crussol, en el cual estaban las caballerizas reales de una gran medida administrativa: se trataba de renovar, esto es, de reformar y de hacer vender la mayor parte de los caballos; decíase que Carlos X habia vuelto de Saint-Omer con todo el ardor de los gustos de su juventud, y que soñaba con las palmas del *sport*. Añadían que quería que no se omitiera nada para hacer imposible toda rivalidad con las caballerizas del rey de Francia.

Habia exajeracion en aquellas voces, y en aquellos rumores, que habian alarmado á todo el barrio de Roule, en que estaba situado el palacio de Crussol. Lo cierto era que el caballero mayor, duque de Polignac, habia tenido una larga conversacion con el rey acerca de sus caballerizas, que á consecuencia de ella, se habia decidido que se vendiera cierto número de caballos de tiro y de silla.

El inspector general recibió la orden de que se procediera á la operacion que debía ser antecedida por un trabajo preliminar; habia que elegir los caballos, y el inspector general se hizo asistir en su inspeccion por dos empleados de la administracion de las caballerizas.

Sesenta caballos fueron condenados á subir la vergüenza de la subasta pública, y la venta anunciada debía verificarse en el término de ocho dias.

Carlos X acababa de dejar las Tullerías para ir á Saint-Cloud, cuando vió cerca de la barrera de Passy á un individuo, que, con el sombrero en la mano, estendía la mano hácia el coche real; el monarca hizo una seña á un oficial de la escolta para que recibiese la peticion, que aquel hombre quería presentarle, y el oficial se apresuró á entregarla al duque de Polignac que acompañaba á Carlos X en su carruaje.

El duque se preparaba á colocarla en la cartera destinada á recibir los papeles de aquel género, cuando Carlos X, que estaba de buen humor, le invitó á que se enterara del contenido de la nueva peticion.

— Veamos, dijo, lo que me pide ese hombre; su fisonomía previene en su favor, y no sentiría hacer cualquiera

cosa por él, sin esperar al informe del ministro de mi casa.

M. de Polignac rompió el sello, y recorrió la peticion: pero enseguida soltó una carcajada, pues el duque, que era de la intimidad del rey, no reprimía sus sentimientos delante de él.

— Hola! dijo Carlos X riendo tambien, parece que lo que lees es muy chistoso.

— Si, señor, la peticion es muy original.

— Pues bien, leedmela, pues supongo que no contiene nada, que yo no pueda oír.

El duque de Polignac tranquilizó la conciencia religiosa del monarca, y dispó sus escrúpulos.

— Es solamente, añadió, en favor de un caballo.

— De un caballo! Y qué me piden en favor de un caballo?

— Vuestra magestad va á juzgar á un mismo tiempo del objeto de la peticion, y del estilo del peticionario:

« Señor:

» Pedro Collot, ex-picador de las caballerizas imperiales » reales, tiene el honor de esponer á V. M. que V. M. tiene » el honor de poseer en este momento el primer caballo del » mundo, es decir, el último caballo que fué montado por » el emperador Napoleon. »

— Es cierto? dijo Carlos X, acompañando su pregunta con un movimiento de sorpresa.

— Si, señor, y créi que V. M. habia sido informado de este hecho por el difunto marqués de Vernon.

— Oh! Dios mío, no me han dicho nada, os lo puedo asegurar. Con que tengo hace catorce años el último caballo de Bonaparte, y no lo sabia!... Esto es muy extraordinario. Y vos le conoceis, duque? Le habeis visto á menudo?

— Si, señor, y le he montado algunas veces.

— Y sirve aun bien?

— Tan bien como un caballo de seis años.

— Pues bueno! quiero que me le traigan mañana á Saint-Cloud; le montaré tambien, y vos, duque, cuidareis de que no falte nada á ese animal, y esté perfectamente cuidado. Pero veamos lo que pide el ex-picador.

M. Polignac continuó la lectura de la peticion:

« Llevaba al emperador en Waterloo; su nombre » es Acacia; se ha portado siempre perfectamente desde » que quedó al servicio de Vuestra Magestad, y no hay nada » que censurarle. Pero he sabido que, á pesar de sus títulos de nobleza, iba á ser vendido con otros muchos caballos de Vuestra Magestad, y que estaba así amenazado de ir á morir en las varas de algun simon.

» Por lo cual, señor, me atrevo á suplicar á Vuestra Magestad que se digne tomar en consideracion el mérito y los servicios de Acacia, y mandar que le permitan concluir sus dias en el palacio de Crussol.

» Soy de Vuestra Magestad, etc., etc.

» PEDRO COLLOT,

» Ex-picador de las caballerizas imperiales » y reales, y en la actualidad cochero de » omnibus. »

Carlos X habia escuchado con mucho interés aquella peticion, algunas de cuyas espresiones le habian hecho sonreír.

— No, por Dios! exclamó; ese caballo no saldrá de mis cuadras; quiero que quede á mi servicio, y que se cuide

de él; le montaré de cuando en cuando. Respecto de ese antiguo servidor de Bonaparte, que podría hacer por él?

El rey reflexionó un momento.

— Os encargo, señor duque, que hagáis tomar las noticias necesarias sobre ese hombre; si es pensionado de mi casa, le darán una gratificación de cien ducados; si no recibe nada de mi lista civil, direis á mi ministro que le haga inscribir por una pension de cincuenta escudos que le concedo.

— Señor, se ejecutarán las órdenes de vuestra Magestad.

— Sobre todo, que no se olvide contestar mañana á ese buen hombre acerca del caballo, porque se interesa tan vivamente, y con tanta razon: es preciso sacarle de su inquietud cuanto ántes. Por vida mia! confesareis, duque, que he tenido una buena idea haciéndolos leer esa peticion: sino, el último caballo de Bonaparte habria sido probablemente vendido, y el picador habria quedado inconsolable.

Al llegar á Saint-Cloud, Carlos X estaba lleno de alegría; anunciaba á los señores de su corte lo que llamaba su buena fortuna; al ver al general DeFrance, uno de sus caballeros, le preguntó:

— Sabeis, general, qué fué del caballo que Bonaparte montaba en Waterloo?

— Es probable, señor, que ya no exista.

— Pues sabed, general, que no ha salido de mis caballerizas, y en ellas podeis verle.

(Se continuará)

NUEVAS FORTIFICACIONES ALEMANAS.

La fortificacion con bastiones, como la idearon Errard, de Ville, Dagan, Vauban y Cormontaigne, pasó á justo título por fortificacion francesa. El célebre ingeniero Blesson dice que en 1814 los alemanes quisieron tambien por amor propio inventar una fortificacion nacional, y de aqui provino la revolucion que se ha hecho en aquel país en el arte de fortificar. Blesson se ha engañado sin duda sobre el verdadero carácter de este movimiento de ideas y ha juzgado mal á sus compatriotas: los ingenieros alemanes son hombres demasiado graves, para tener presente el amor propio en una cuestion de tanta importancia. Las causas de este acontecimiento son de un orden mas elevado.

Desde luego debemos decir que la fortificacion con bastiones, no ha echado jamás raices profundas en Alemania, habiéndose necesitado nada ménos que la autoridad de Vauban y de Cormontaigne para que se abandonaran allí las tradiciones del arte nacional transmitidas por una série de ingenieros distinguidos y poco conocidos en Francia. Así pues, el terreno estaba preparado para recibir las nuevas ideas, sobre todo teniendo algunas analogías con las de los antiguos ingenieros alemanes.

Lo que ha hecho prosperar los nuevos métodos en Alemania, es la excelencia de los principios en que se fundan, pero apresurémonos á decir, que la gloria de haber dado á luz estos principios les toca á dos franceses, Montalembert y Carnot.

Marc-René, marqués de Montalembert, general de caballeria, nacido en Angulema el 46 de julio de 1714, muerto el 20 de marzo de 1808, ha publicado un libro muy notable titulado: *La Fortificacion perpendicular, ó superioridad del arte defensivo sobre el ofensivo*, que se reduce á una critica del sistema de bastiones. Los bastiones se envuelven

fácilmente y se toman por el flanco; la parte mas larga del frente, la cortina, se halla ordinariamente inerte porque está oculta; la artilleria no tiene abrigo ninguno contra las bombas, y los destructores efectos del fuego de rebote. En una palabra, Montalembert pone en relieve las propiedades tácticas de la fortificacion, sacrificadas con frecuencia á la resistencia pasiva, aplicando sus principios á la fortificacion á tenaza y á la fortificacion poligonal.

La fortificacion á tenaza de Montalembert presenta dos recintos concéntricos, el cuerpo principal y la contra-guardia (fig. 1 y 2.)

El cuerpo principal consiste en una muralla de fábrica, precedido de un ancho foso flanqueado por las baterias B B, á cubierto bajo bóvedas á prueba de bomba, con dos pisos y con una plataforma encima para la artilleria. Esta muralla, M M, contiene una galeria abovedada desde cuyas aspilleras se descubre el terreno de ataque por encima de la contra-guardia. Por detrás hay un camino de ronda, luego un muro con almenas y una muralla de tierra, precedida de un foso defendido por las baterias B B. Por último, las torres T T forman reductos de seguridad.

La contraguardia general no tiene mas que un muro almenado separado de un parapeto de tierra por un camino de ronda; son de notar las cortaduras C C, destinadas á facilitar la defensa interior; ademas se halla envuelta por un foso y un camino cubierto provisto de plazas de armas entrantes cuyas baterias B B guardan los fosos.

La fortificacion poligonal, así llamada porque se presenta bajo la forma de un poligono convexo, por decirlo así, se llama tambien fortificacion de caponera, porque los fosos están defendidos por una caponera colocada sobre el medio del fuerte. Despues de la fortificacion circular, esta es la mas sencilla, la que tiene mayor capacidad interior para la extension de las murallas, y en fin la ménos costosa: tambien presenta una contra-guardia general, y un cuerpo principal formado de grandes cuerpos de casamatas (fig. 3.)

Carnot, gran geómetra y gran general, estableció en su libro *De la defensa de las plazas fuertes* (tan mal apreciado por Napoleon en sus Memorias) que lo que constituye la verdadera fuerza de la defensa son las salidas incesantes sobre los glacis y las baterias de morteros y de pedreros arrojando bombas y granadas sobre la tercera paralela de los sitiadores; y en su consecuencia coloca las baterias de esta clase sobre los puntos capitales de las obras; sustituye á los muros de contraescarpa, que incomodan los movimientos de las tropas, unos glacis en pendiente hácia la plaza y aísla del parapeto de tierra, por un camino de ronda, el muro de escarpa provisto de arcos almenados, como se ve en el castillo de Vincennes (fig. 4).

Tales son las ideas generales que han servido de base á la construccion de las nuevas plazas alemanas de Coblentz, de Rastadt, de Germersheim, etc., etc.

La ciudad de Coblentz, situada en el ángulo formado por la confluencia del Rhin y del Moselle se halla encerrada en un cuerpo principal á tenazas muy abiertas, ó mas bien poligonal con ángulos un poco metidos, presentando un parapeto con murallas sueltas á la Carnot. Las dos puertas de Maguncia y de Lohr, que son ciudadelas en pequeño, se hallan perfectamente organizadas para la defensa interior. La plaza se halla rodeada de fuertes sueltos, todos ellos admirablemente situados. Esta posicion formidable, tiene fortificaciones tan románticas, si nos es permitido hablar así, como el sitio mismo que ocupan. La fortaleza se halla provista de agua por un pozo de trescientos pies de profundidad, sin

comunicacion con el Rhin, y por medio de fuentes que atraviesan la llanura á beneficio de canales subterráneos. Algunos de los fuertes sueltos tienen minas muy bien entendidas.

Pero este nuevo sistema de fortificaciones alemanas, es casi desconocido en todo el resto de Europa. Seria de desear que las hermosas construcciones elevadas en ese país desde hace veinticinco años, obras de ingenios distinguidos

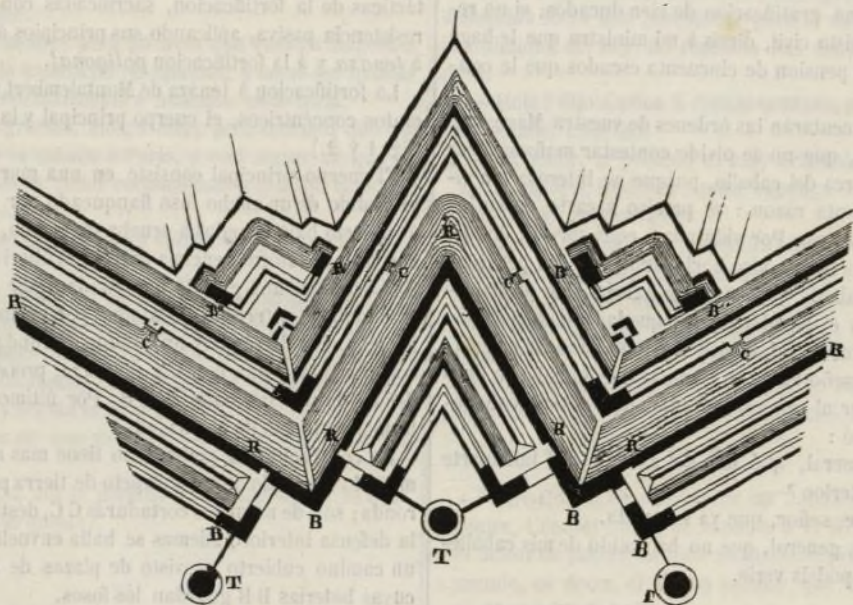


Fig. 1ª



Fig. 2ª

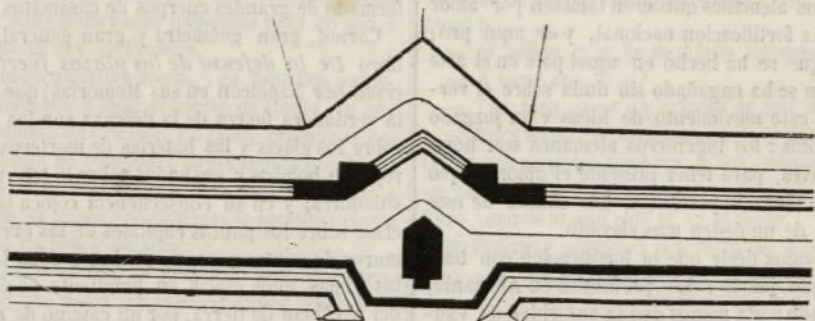


Fig. 3ª



Fig. 4ª

entre los cuales debemos citar al general Aster, principalmente á tomarse en consideracion. La reforma está operada ya; acaso en Alemania han ido un poco léjos con su siste-

ma, pero parece seguro que en adelante la regla clásica de la fortificacion con bastiones, no podrá considerarse, ni aun en Francia mismo, como la única que debe seguirse.